

CRISIS

LORENA VALDIVIESO

Desde los tres años me diagnosticaron asma bronquial, no tengo noción de ese diagnóstico ni de cuando apareció el asma por primera vez en mi vida, pero siempre ha estado conmigo. Gracias a ella conocí los límites de mi cuerpo. En la primaria no podía correr mucho y siempre traía colgando de mi cuello una bolsita tejida que contenía un inhalador azul. Cuando jugaba con los demás todos decíamos que yo era de chocolate, las reglas no aplicaban en mí como con los otros niños, yo podía ir más lento, podía detenerme o simplemente tomar un papel dentro del juego que no implicara moverme.

Tengo una serie de fotografías tomadas por mi mamá de mi último festival de primavera en el kínder, salgo bailando una canción de los ochenta con un vestido azul y un peinado de colitas. Durante la mañana de ese día estuve bien, bastante tranquila, no había indicios de que el asma aparecería. Me tomó por sorpresa durante el baile, en medio de la coreografía empezó a faltarme el aire poco a poco, solo podía pensar que debía terminar esa canción, solo era una tonta canción de un par de minutos, pero se convirtió en algo de vida o muerte. Mientras más bailaba y me movía comenzaba a agitarme y el aire parecía huir de mi organismo. No recuerdo más, pero las fotos indican que después de eso mamá me llevó a casa y me nebulizó, luego me quedé profundamente dormida.



Sara / Fotografía digital / 2019

En mi infancia el tiempo transcurría de maneras extrañas, los días parecían enlodados cuando me internaban en el hospital y me tenían en observación, otros fluían como agua cuando debía ir a la escuela y jugaba con mis amigas, todo estaba bien siempre y cuando nos quedáramos sentadas en algún lugar, en la quietud nada, ni mi asma se agita. Tampoco recuerdo, como dice María Luisa Puga en el *Diario del dolor* cuando habla de su padecimiento de artritis reumatoide, mi vida antes del asma ni me imagino sin ella.

Perdí el pasado y el futuro. Ambos son irreal-
les. Que sí la prótesis, la operación. Que sí
cuando no me dolía. Ya no soy así y no seré
de otra manera. No lo puedo imaginar. Soy
este presente raro y largo que no me per-
mite ver hacia dónde se dirige y en el cual
estamos contenidos Dolor y yo como incó-
modos pasajeros de un solitario vagón de
tren. Hay mundo en torno nuestro, podemos escucharlo y sentir-
nos contenidos por él, pero yo, al menos, no me siento parte de
él. No me siento parte de nada más que de mi cuerpo tan raro,
tan desconocido y al mismo tiempo tan mi casa. (Puga, 2004: 16).

Muchas cosas podían
llevarme al hospital con
las uñas y los labios
morados, acariciar un
perrito se volvía una
actividad de riesgo.

Varias noches lloraba preguntándole a mi mamá, aterrada, por qué me pasaba eso. Mamá nunca tuvo una respuesta, pero siempre me decía que me tranquilizara porque me podía agitar más y, sí, varias veces eso pasó, el asma me prohibía sentir mi propia dolencia porque me asfixiaba de inmediato. Ahí aprendí a tragar-me mis emociones.

Muchas cosas podían llevarme al hospital con las uñas y los labios morados, acariciar un perrito se volvía una actividad de riesgo, aunque fueran pocos segundos los ojos se me ponían rojos, comenzaba a estornudar y poco a poco el hueco de entre mis clavículas comenzaba a hundirse, mi respiración se espesaba y hacía un sonido que venía desde los bronquios, no desde mi voz. Entonces sacaba el salbutamol de mi bolsita tejida y me daba dos disparos.

Muchas veces eso funcionó, otras, la crisis escalaba tanto que debía nebulizarme de inmediato: mamá preparaba la solución de salbutamol con suero, conectaba el nebulizador y me ponía una mascarilla de la que salía vapor. Dejaba de agitarme casi de inmediato y sentía cómo ese vapor entraba hasta mis pulmones y el miedo y la angustia de no respirar se iban disipando hasta llegar a una tranquilidad casi mortífera. Respirar era cansado.

Otras veces una emoción era tan fuerte en mi interior que se transformaba en esa falta de aire. Mis padres se divorciaron justo cuando tenía tres años, obviamente esa es la explicación que muchos doctores, chamanes, brujos y personas en general tienen acerca de mi asma. En ese tiempo veía a mi papá los fines de semana, casi siempre al volver a casa me daba una crisis que no podía contenerse con el inhalador y necesitaba más de una nebulización, ese intercambio entre mis papás me implicaba a mí unos tres días de estar en reposo total, sin ir a la escuela y sin salir de mi cuarto más que para ir al baño con pasos bastante lentos para que no volviera *la crisis*.

En mi casa se dejó de enunciar la palabra *asma* y solo nos limitamos a decir *crisis*, ya le dio la crisis, es que tuvo una crisis anoche, ¿te dio tu crisis?, ¿ya no te ha dado tu crisis o sí?, ¿hace

Así se sustituyó crisis de asma por solo *Crisis* y todos en mi familia preguntan por ella.

cuánto tiempo no te da tu crisis? Ya saben de qué va la crisis, un ruidito en el pecho, una tosecita, muchos suspiros, suspiros grandes, el ruidito es más intenso y ahora sale también de la garganta, me doy dos disparos de salbutamol y espero a que algo suceda, pasa el tiempo y aunque el ruidito en la garganta ahora puedo disimularlo cada vez me

siento más cansada y entonces camino más lento y les pido a quienes me acompañan que andemos despacio, cuando llego a mi habitación me derroto completamente por la crisis y me meto a la cama, conecto el nebulizador, ahora soy yo la que mezcla la solución de salbutamol y suero, me pongo la mascarilla y me quedo sentada viendo el teléfono mientras mi respiración se calma y se vuelve más amplia, para entonces los pulmones me duelen en la espalda y me siento muy cansada. El cuerpo siempre me ha parecido un espacio que no termino de entender, aunque tenga uno y sea él y me sienta en él.

Así se sustituyó crisis de asma por solo *Crisis* y todos en mi familia preguntan por ella. María Luisa Puga, describe a *Dolor* como un hombre laconico que se burla de ella, quisquilloso pero juguetón casi como un *caballero perfectamente alerta y controlado*. La personificación de las enfermedades o las sensaciones que experimentamos cuando padecemos de un malestar crónico es una manera de relacionarnos con ese otro espacio del cuerpo que no es completamente nuestro o sí, pero no queremos que sea parte de nosotros.

Cuando me mudé a Monterrey, *Crisis* dejó de nombrarse entre las personas más cercanas. Primero mi papá la mencionaba poco y cada vez la mencionábamos menos, y yo por un gran momento pensé que ya no existía, que no era asmática. Mis amigas y amigos

no me veían con esa compasión y preocupación con la que se mira a alguien que no puede respirar, que hace ruidos y se cansa rápido. Tampoco permití que me vieran así hasta después de mucho tiempo, siempre aguantaba la respiración, disimulaba los silbidos de mi pecho, hablaba más despacio pero fuerte con tal de que no se notara mi respiración agitada, luego empecé a sentir vergüenza del sonido de mi respiración. Muchas veces me escondí de todas las personas para tomarme mi medicamento. Hasta que un día Crisis volvió como cuando era niña y me inmovilizó por unos días. Hablamos y le dije que se podía quedar siempre y cuando no me imposibilitara.

Siempre aguantaba la respiración, disimulaba los silbidos de mi pecho, hablaba más despacio.

Ya te acepté, igual que al miedo que por ahí anda y está tan hecho a mi vida que resulta invisible. Miedo ya es igual que Gato. Anda por mi estudio, que es el suyo. Lo recorre, lo olisquea, se retuerce en el suelo de placer cuando enciendo el calentón, se queja enojado cuando se le acaba la comida. Vivimos solos, pero juntos. Solo protesta cuando se me olvida. (Puga, 2004: 16).

Retomé las consultas con el neumólogo y tomé el control de esta cosa llamada asma bronquial que además es una enfermedad crónica. Tomo mis medicamentos, lleno un test de preguntas como ¿Cuándo fue la última vez que tomaste un medicamento para controlar tu asma? ¿En un mes cuántas veces tomas un medicamento? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una crisis asmática?, para saber si el asma está controlada. Llevo un par de años tomando un medicamento de control en la mañana y en la noche, debo enjuagar mi boca después de inhalarlo porque puede provocarme un hongo. Cuidarse también tiene sus propios riesgos.

Casi ya no veo a Crisis, pero cuando lo hago me doy cuenta que es una mujer grande, malhumorada, quisquillosa también, su carácter me somete y yo lo siento como un castigo, se acuesta conmigo y prueba los límites de mi cuerpo, se manifiesta con dolor y aguante. Crisis ha estado aquí tanto tiempo conmigo que la rabia de la que habla María Luisa se ha convertido en una conversación en la que me pido a mí misma parar y atender a Crisis cuando llega. Me rindo más rápido, me meto a la cama y hago lo que siempre he hecho. Descanso y con suerte al día siguiente ya no está.

REFERENCIAS

Puga, M. (2004). *Diario del dolor*. Ciudad de México: Alfaguara / Universidad del Claustro de Sor Juana (Primero sueño)